



Una tragedia de amor

(2 de diciembre de 1956)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



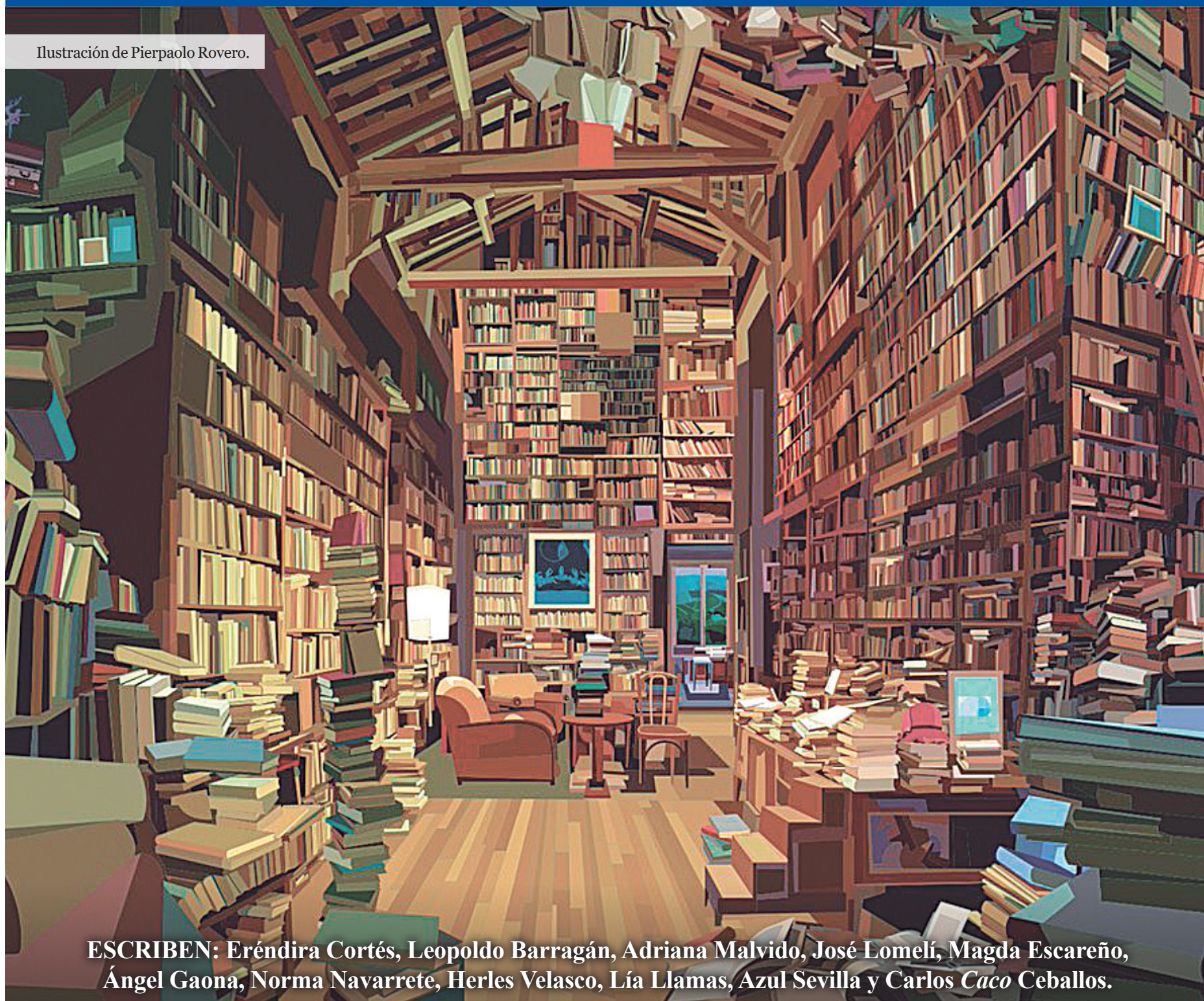
Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2599

DOMINGO 5 DE JULIO DE 2020

Ilustración de Pierpaolo Rovero.



ESCRIBEN: Eréndira Cortés, Leopoldo Barragán, Adriana Malvido, José Lomelí, Magda Escareño, Ángel Gaona, Norma Navarrete, Herles Velasco, Lía Llamas, Azul Sevilla y Carlos Caco Ceballos.

Tecnocultura

La narrativa oral, una tradición que conservar

Herles Velasco

Nuestro país, a causa del sincretismo entre culturas que se ha dado a través de los siglos, sobre todo las precolombinas con la española, ha producido una rica tradición oral en prácticamente todos los estados y que se resiste a morir; mucha de esta pervive en eterno riesgo a causa de la disminución en el número de hablantes nativos de lenguas indígenas, fuente primigenia de leyendas y tradiciones que nutren esa esquiiva identidad mexicana que llevamos siglos persiguiendo.

Sí, algunas instituciones han buscado preservar la tradición oral dedicándose a transcribir esas narraciones transmitidas de generación en generación; tampoco han

faltado autores que han recopilado algo de esta riqueza cultural mexicana, pienso por ejemplo, un caso muy reciente, en Laura Íñigo y su libro *Mitos y Leyendas de México*; por supuesto, esto no debería restar esfuerzos que vayan encaminados a motivar la oralidad. Aquí hay que mencionar que particulares y asociaciones civiles han hecho una labor relevante, pero que quizá no han recibido la atención y los recursos nece-

sarios para llevar a cabo esa labor; hace unos años, por ejemplo, la Secretaría de Cultura y el INBAL estuvieron promoviendo a una asociación civil llamada Foro Internacional de Narración Oral, que organizaba eventos y talleres para motivar la narración oral; los registros de esta asociación civil, con este proyecto en particular, parecen haber llegado a su fin en 2018; si bien la asociación sigue activa, parece que se están enfocando a impartir talleres para enseñar a contar historias a través de la narración oral.

Hace no mucho, el periodista cultural Iván Serrano comenzó un proyecto interesante, en línea, dedicado a perpetuar la

tradición oral jalisciense; esta iniciativa fue llamada Jalisco Voces de Leyenda, y registra una serie de leyendas y mitos a lo largo de 24 municipios de aquella entidad. Serrano ha recorrido el estado recopilando voces de algunos cronistas y otros habitantes de pueblos y ciudades que han compartido narraciones que han escuchado de generación en generación historias del dominio público que suelen ser contadas en las salas de las casas, los cafés, al pie de las camas de los niños para motivar su imaginación; costumbres que, como bien muestra el periodista, están muy arraigadas de Acatic a Zapotlán, de norte a sur y de este a oeste en Jalisco; por supuesto, esta investigación ha mos-

trado que las nuevas generaciones y otros sectores de la población suelen ignorar los mitos y leyendas que se han contado ahí, en sus propios barrios, durante muchos, muchos años, por lo que el proyecto busca además de dejar un registro oral, en línea, aprovechar el boom podcasts y contenidos auditivos que están tomando un nuevo aire entre los jóvenes; de hecho, la leyendas pueden ser escu-

chadas en las principales plataformas de transmisión podcast, en las que se incluyen Spotify o Apple Podcasts.

Este proyecto cuenta con el apoyo de importantes instituciones como la Universidad de Guadalajara o las Secretarías de Cultura, local y federal, por lo que tiene buenas probabilidades no sólo de sobrevivir, también de seguirse nutriendo y quizá convertirse en modelo para que otros estados repliquen la fórmula.

La página para conocer esta propuesta es ciudadolinka.com/leyendasjalisco.

herles@escueladeescriitoresdemexico.com



Hasta los tímpanos

Otras conquistas

Eréndira Cortés



Vivimos en un país de mil caras. Hace más de 500 años nos conquistó el viejo mundo desatando, además de la sangre, un mestizaje cultural tremendo. Adoptamos lengua, religión, gastronomía, entre otras cosas.

Con el tiempo, hemos sido presa de otras conquistas, quizá una de las más profundas nos llegó a unos cuantos por el oído. Sin darnos cuenta nos convencimos que hablar de *hellos* y *good byes* era lo mejor, que vestir ciertas marcas de ropa nos convertiría en gente civilizada. Volvimos a enterrar nuestras raíces.

Cuando nací, aquella invasión estaba tan arraigada que ni siquiera me di cuenta, al grado que mi primer amor de primaria fue un güerito bilingüe y por años me atrajo ese color de piel, tomándolo por cosa superior. Quería ser otra en el aspecto, la moda y todo tipo de consumo, hasta la música.

Mi mayor opresor fue el rock, cada vez que escuchaba ese peculiar acento entremezclado con los instrumentos sentía que todo lo demás era inferior. No bastaba tararear las canciones, debía pronunciarlas a la perfección para sentirme parte, saberme de memoria su historia, adoptar su *modus vivendi*, soñar con ser una de esas estrellas.

Escuchaba con desagrado lo que ponían en las fiestas familiares, desdeñando su mal gusto, su falta de cultura. Cómo pueden oír ese sonsonete insoportable. Les veía con soberbia bailando después de unas cuantas cubas, perdía la mirada en su vaivén, en sus rostros hipnotizados, se me antojaban zombies atrapados en la rutina que por dentro querían huir pero no tenían alternativa. Mentalmente repetía, a modo de mantra, jamás llegaré a ese grado de perdición.

Heme aquí unos años después en plena gozadera al ritmo de Payaso del rodeo y sigo siendo la misma que mientras daba sus primeros pasos ya se desataba ante la

Cada vez comprendo mejor que nuestra identidad va más allá del mariachi, ranchera, banda, cumbia, salsa, norteño, corrido, guapango, bolero, somos eso y más... porque la música no sabe de fronteras, se engendra en el corazón

Sopa de caracol. Poco a poco me he ido descolonizando, rescatando de las profundidades eso que también somos y valorando cada vez más las palabras, los ritmos, la algarabía que nos caracteriza.

Cada vez comprendo me-

jor que nuestra identidad va más allá del mariachi, ranchera, banda, cumbia, salsa, norteño, corrido, guapango, bolero, somos eso y más... porque la música no sabe de fronteras, se engendra en el corazón y viaja a través del espacio y el tiempo conquistando otros latidos a través del oído.

¿Cuántas batallas podrían librarse a través de sus notas?

Cambio y fuera

La Noche Triste, Tecuichpo y el Penacho

Adriana Malvido

A 500 años de la Noche Triste y todavía sin un justo lugar en la historia oficial o en la enseñanza escolar, brota en la tradición oral, con luz propia, la memoria de Tecuichpo, la última princesa mexicana, Señora de Anáhuac.

Su nombre Tecuichpo Ixcaxóchitl (1509-1550) proviene del náhuatl Tecutli (el gobernante), Ichpo (hija de), mientras que Ixcaxóchitl o Iztaxóchitl (alternativamente) viene de Izta (blanca) y Xóchitl (flor). De ahí que “Blanca” sea un nombre de gran simbolismo en la descendencia de los Moctezuma.

Tecuichpo nace de Moctezuma II y de su esposa Tezalco (hija del Señor de Azcapotzalco) y, según la versión familiar, a ella preparaban para gobernar el imperio azteca antes de la llegada de los españoles. Cuando el tlatoani se entrevista con Cortés y funge Malitzin como traductora, muchas palabras en náhuatl no tienen equivalente literal al español y al mencionar el emperador su gran “tesoro” se refiere a Tecuichpo, pero el conquistador, obsesionado, piensa que se trata de oro.

Cuenta esta versión Blanca Barragán Moctezuma, descendiente del emperador (decimoquinta generación), quien heredó de su abuela Esperanza Carrillo de Albornoz Cano Moctezuma “el secreto” que oralmente se transmite de generación en generación. Investiga, desde hace 30 años, la historia de “Flor de algodón”, Tecuichpo, “el verdadero tesoro”.

En México, los historiadores han debatido si el penacho formó parte de los primeros envíos de Hernán Cortés a Carlos V en el conjunto que tradicionalmente se ha llamado “Tesoro de Moctezuma”, documentado en las Cartas de Relación. Las opiniones se dividen en cuanto a que si esta joya de arte plumario salió como “regalo” del tlatoani o fue en realidad un tributo producto del primer acto de sumisión del imperio mexica ante el terror desplegado por los conquistadores.

Según la familia de Blanca, ya habían dado muerte a Moctezuma cuando Hernán Cortés saquea el palacio de Axayácatl y roba los aposentos, el penacho, el banderín y

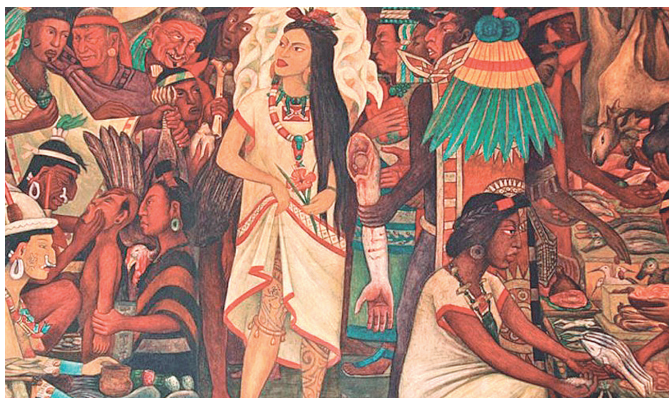
el escudo de armas del emperador. Cuando acontece la “noche triste” y los españoles son vencidos, los mexicas, en manos de Cacamatzin, rescatan el penacho y luego a Tecuichpo, a quien Cortés llevaba en calidad de prisionera. Cuitláhuac es ungido como tlatoani, le ponen el penacho y se casa con la todavía niña Tecuichpo, pero muere a los 90 días víctima de la viruela y Cuauhtémoc no sólo hereda el cargo de tlatoani, sino que se casa, enamorado, con la joven viuda. Un año después, los españoles cercan Tenochtitlan. Cuauhtémoc se va a la zona de Xochimilco y Chalco para defender la ciudad, pero es descubierto junto a Tecuichpo en una canoa. Según Bernal Díaz del Castillo, llevaba su penacho puesto.

Viuda, poderosa por su linaje y dueña de ricas tierras, Tecuichpo queda en manos de Cortés, quien la bautiza “Isabel”. De la violación, nace Leonor; después la ofrece a Alonso de Grado, luego a Pedro Gallego de Andrade y cuando éste muere, la princesa se casa por voluntad propia con Juan Cano de Saavedra, un español de Cáceres con quien, según testimonios orales y escritos, vive feliz y procrea cinco hijos.

Fundadora del Hospital de San Juan de Dios (hoy museo Franz Mayer), donde daba asilo a los indios, a Tecuichpo se le cita en múltiples fuentes documentales por su belleza, su bondad y su inteligencia como mediadora que “puso término a muchas dificultades entre españoles e indios”, según Artemio del Valle Arizpe.

Su testamento, cuyo original se encontró en 1996 en el Archivo General de la Nación, está fechado el 11 de julio de 1550 y es un primer llamado a la abolición de la esclavitud: “Quiero y mando, y es mi voluntad, que todos los esclavos, indios e indias naturales de esta tierra, que el dicho Juan Cano mi marido y yo tenemos por nuestros propios, por la parte que a mí me toca sean libres de todos servicios, servidumbre y cautiverios, e como personas libres hagan de sí su voluntad, porque yo no los tengo como esclavos, y en caso de que lo sean, quiero y mando que sean libres”.

adriana.neneka@gmail.com



El sueño de sus trece

Norma Navarrete

Esas luces que se prenden y apagan no son estrellas.

Son luciérnagas que nos miran

Después de una tormenta pronosticada.

El cielo, es gris, no es cielo.

Es una piedra hecha de nuestras bocas.

De ella vuelan pájaros nuevos

Y el espejismo del arcoíris.

Nos retrata con su mano

Curva de colores.

Esa araña que vive en el árbol de limón:

Subió a mi espalda, en busca de su tela plateada,

Pero se resbaló y se fue llorando.

Ese niño que duerme cerca de una pila de agua,

Es mi hijo, que le ha vencido el sueño a sus trece.

Ha cerrado sus ojos para ver el paraíso de sus uñas.

Cuando la tristeza le invade la edad,

Por no encontrar la pervertida cara

De los decretos de mentiras.

Sueña que sube a una montaña, donde todo es un caramelo interminable;

Y se da prisa para examinarse el cabello de ser alguien,

Por no saber si el amor es un patrón:

que vuela como colibrí

pequeño y azul, en las flores de la vida

De un pueblo cercano a un estero.

El sueño de sus trece

Esas luces que se prenden y apagan no son estrellas.

Son luciérnagas que nos miran

Después de una tormenta pronosticada.

El cielo, es gris, no es cielo.

Es una piedra hecha de nuestras bocas.

De ella vuelan pájaros nuevos

Y el espejismo del arcoíris.

Nos retrata con su mano

Curva de colores.

Esa araña que vive en el árbol de limón:

Subió a mi espalda, en busca de su tela plateada,

Pero se resbaló y se fue llorando.

Ese niño que duerme cerca de una pila de agua,

Es mi hijo, que le ha vencido el sueño a sus trece.

Ha cerrado sus ojos para ver el paraíso de sus uñas.

Cuando la tristeza le invade la edad,

Por no encontrar la pervertida cara

De los decretos de mentiras.

Sueña que sube a una montaña, donde todo es un caramelo interminable;

Y se da prisa para examinarse el cabello de ser alguien,

Por no saber si el amor es un patrón:

que vuela como colibrí

pequeño y azul, en las flores de la vida

De un pueblo cercano a un estero.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Una tragedia de amor

Don Manuel Sánchez Silva

(2 de diciembre de 1956)

En la parte antigua del cementerio municipal hay una lápida con la siguiente inscripción: “Teniente Coronel Fernando Vázquez Castaños. 1-3-1928. Recuerdo cariñoso de Carmen”. Y al pie de la losa figura esta referencia: “Propiedad de María del Carmen Matute”.

Y pocos son, seguramente, los escasos visitantes a la ciudad de los callados que, al pasar junto al referido sepulcro, semicubierto por la maleza y ennegrecido por las lluvias de tantos años, conozcan y menos imaginen la dramática historia ahí encerrada, historia de amor intenso y fatal.

Allá por el año de 1927 y siendo el general Espiridión Rodríguez Escobar jefe de las operaciones militares en el estado, jerarquía que ahora corresponde a la de comandante de zona militar, llegó a Colima el teniente coronel Fernando Vázquez Castaños, hombre de unos 50 años de edad, bien parecido, inteligente, culto, mundano y excepcionalmente simpático. Había viajado mucho por Europa y era un conversador interesante y absorbente. Además, tenía alma de jugador y decíase que era un verdadero maestro de póker. Llegó acompañado de su familia, formada por la señora Luisa Sánchez de Vázquez y una preciosa chiquilla de 15 años llamada Evelia.

El general Rodríguez Escobar vivía en la antigua casa de los Vogel, que años después ocuparon la Cámara de Comercio y el Club de Leones, y compartía las numerosas dependencias de la finca con algunos de sus oficiales consentidos, entre los cuales, y a la cabeza de todos, figuró el teniente coronel, quien posiblemente por sus inagotables recursos de charlista incomparable y sus habilidades de jugador, se conquistó las preferencias afectuosas del viejo general revolucionario.

La natural sociabilidad de Vázquez Castaños le permitió una rápida aclimatación en Colima, donde al poco tiempo de llegar era ya amigo de todo el mundo y convidado inevitable a toda clase de fiestas y reuniones, a las que siempre se presentaba solo, dando lugar a la especie, fundada o falsa, de que su mujer no era esposa legítima.

Tal vez como consecuencia de esa versión, que día a día tomó cuerpo -Luisa era notoriamente de mayor edad que el apuesto militar-, una joven colimense, Carmen Matute, aceptó los galanteos de Vázquez Castaños, produciéndose entre ambos un romance amoroso, primeramente vivido con misterio y recato, y después sin precaución alguna. Veíaseles, tarde a tarde, pasear por los jardines de la ciudad cogidos de la mano y abstraídos en sus coloquios amorosos, que al llegar al conocimiento de la esposa o amante -nunca se supo a ciencia cierta su identificación real- desencadenaron los terribles celos naturales en una mujer enamorada, a quien la convicción de vivir los últimos años de su juventud hacía más intolerable y exclusivista.

Por algunos meses, fueron causa de generales comentarios las noticias relacionadas con las explosiones de celos de parte de la señora Luisa, que determinaban violentas

escenas domésticas en las que frecuentemente llegó a intervenir el general Rodríguez Escobar, apaciguador de ánimos.

Pero una mañana, la del 3 de enero de 1928, corrió la impresionante versión de que el teniente coronel había sido muerto de un certero balazo a manos de su mujer, que en un acceso de furia puso fin a la vida de aquél y a su propio conflicto.

Por desgracia, el rumor fue confirmado. En la espaciosa habitación que ocupaba Vázquez Castaños y su familia se desarrolló la tragedia. Cuando la autoridad se presentó en el lugar de los hechos encontró un espectáculo verdaderamente doloroso: sobre una cama revuelta, cuyas sábanas mostraban grandes manchas de sangre, yacía el cuerpo des-

madejado del otrora gallardo militar, con un balazo a la altura del corazón; desplomada en un sillón inmediato, como una imagen de la desolación, la matadora, sollozante y deshecha, repitiendo a modo de obsesante res-
ponso y confesión a un tiempo mismo:
-Yo lo maté... Yo lo maté...

Evelia, empavorecida y trastornada, inútilmente pretendía sobreponerse y tranquilizar a su madre.

En atención a los antecedentes del drama, que eran públicos y notorios, y a las relaciones amistosas que el desaparecido militar había conquistado, su victimaria no fue internada en el asqueroso antro que por aquel entonces fungía como cárcel de mujeres, sino que se le permitió permanecer en el Hospital Civil, en calidad de reclusa sujeta a proceso. En ese establecimiento la inculpada encontró ocasión para exhibir sus nobles sentimientos, pues pronto se convirtió en una eficaz e infatigable enfermera, que no se concedía ningún derecho al reposo cuando su presencia

era requerida para atender física y moralmente a quien necesitaba su ayuda o medicamento. Fue tal su abnegación fervorosa, que llegó a captarse la respetuosa admiración del personal y el cariño devoto de los enfermos, quedando así demostrado que su crimen no fue la manifestación de un alma cruel, sino la consecuencia de una perturbación mental, provocada por su excesivo cariño a un hombre.

Las circunstancias que precedieron a la tragedia, y el comportamiento observado por la procesada después del delito, operaron favorablemente para que la justicia se mostrara benévola y, tras

un año de reclusión, Luisa obtuvo su libertad, ausentándose para siempre de Colima, donde dejó al hombre que había querido al extremo de matarlo.

Por su parte, Carmen tuvo el valor de costear la hechura de una lápida colocada sobre el cuerpo del que despertara sus sentimientos amorosos y de hacer grabar en ella un epitafio comprometedor a su condición de mujer decente, pero altamente significativo y emocional.

Epitafio que rubrica el triste fin de una historia de amor exasperado y romántico, pecaminoso y cruel, como son todas las grandes pasiones humanas.



En el Hospital Civil encontró ocasión para exhibir sus nobles sentimientos, pues pronto se convirtió en una eficaz e infatigable enfermera.

Rugidos Literarios

Breve compendio de libros prohibidos y censurados

José María Lomelí Pérez

La censura es la herramienta de aquellos que necesitan esconder la realidad a sí mismos y a otros.

Charles Bukowski

Estoy convencido de que si al fundador de los poetas malditos, el francés Charles Baudelaire, le hubiese tocado vivir en nuestros tiempos hubiera seguido escandalizando con sus posturas y sus réplicas a todas y a todos, las y los, guardianas y guardianes de la nueva moral y lo políticamente correcto. Esta sociedad moderna que si bien es cierto como cada nueva generación se ufana de ser intelectualmente superior a las anteriores, no duda en recortar y eliminar trozos o películas enteras de los catálogos de diferentes plataformas de entretenimiento en línea, restringir obras literarias en determinadas bibliotecas, así como en extirpar personajes y mascotas de series y materiales publicitarios cual antiguos tribunales inquisitoriales.

Indudable es la necesidad de desmontar viejos estereotipos, así como la de atacar cualquier discurso e ideología racista, sexista, clasista y los nacionalismos exacerbados, sin embargo, antes de prohibir, limitar o amputar obras artísticas y demás piezas heredadas de nuestro pasado, convendría a los promotores de estos movimientos impulsar primero la lectura y el entendimiento de dichos materiales desde el contexto histórico en el que fueron creados, evaluándoles desde ahí antes que con los ojos de una persona del siglo XXI. Consideración que como herederos de un basto patrimonio histórico y cultural nos convendría tomar en cuenta si lo que deseamos es construir una sociedad verdaderamente madura, capaz de mirar hacia el pasado (consciente de las muchas ideas y conceptos que hemos superado a lo largo de la historia) sin la tentación permanente de cortar cualquier cosa que no parezca acorde los estándares modernos. Censura que a fin de cuentas nos daría una visión sesgada del pasado. Ya lo decía el gran orador romano Cicerón: La historia [...], testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la antigüedad.

Justamente mirando al pasado encontramos abundantes ejemplos en los que cuantiosos acervos fueron víctimas del fuego y la mutilación por la sencilla

razón de contravenir a las visiones en curso. Desde faraones egipcios mandando derruir nombres de las piedras, hasta el nazismo y sus aberrantes quemas públicas de libros; pasando por la destrucción de bibliotecas como la de Alejandría durante el año 640 por ordenanza del califa Omar, hasta la irreparable pérdida de miles de códices prehispánicos durante la conquista del Nuevo Mundo.

Si bien en la actualidad no se ha llegado a tales extremos, la severidad con la cual actúan algunos de los sensores de la corrección política sí que recuerda muchas de aquellas decisiones arbitrarias. Pues si hay algo que estrictamente deberíamos entender del pasado es que la radicalización de las posturas no significa el éxito del cambio.

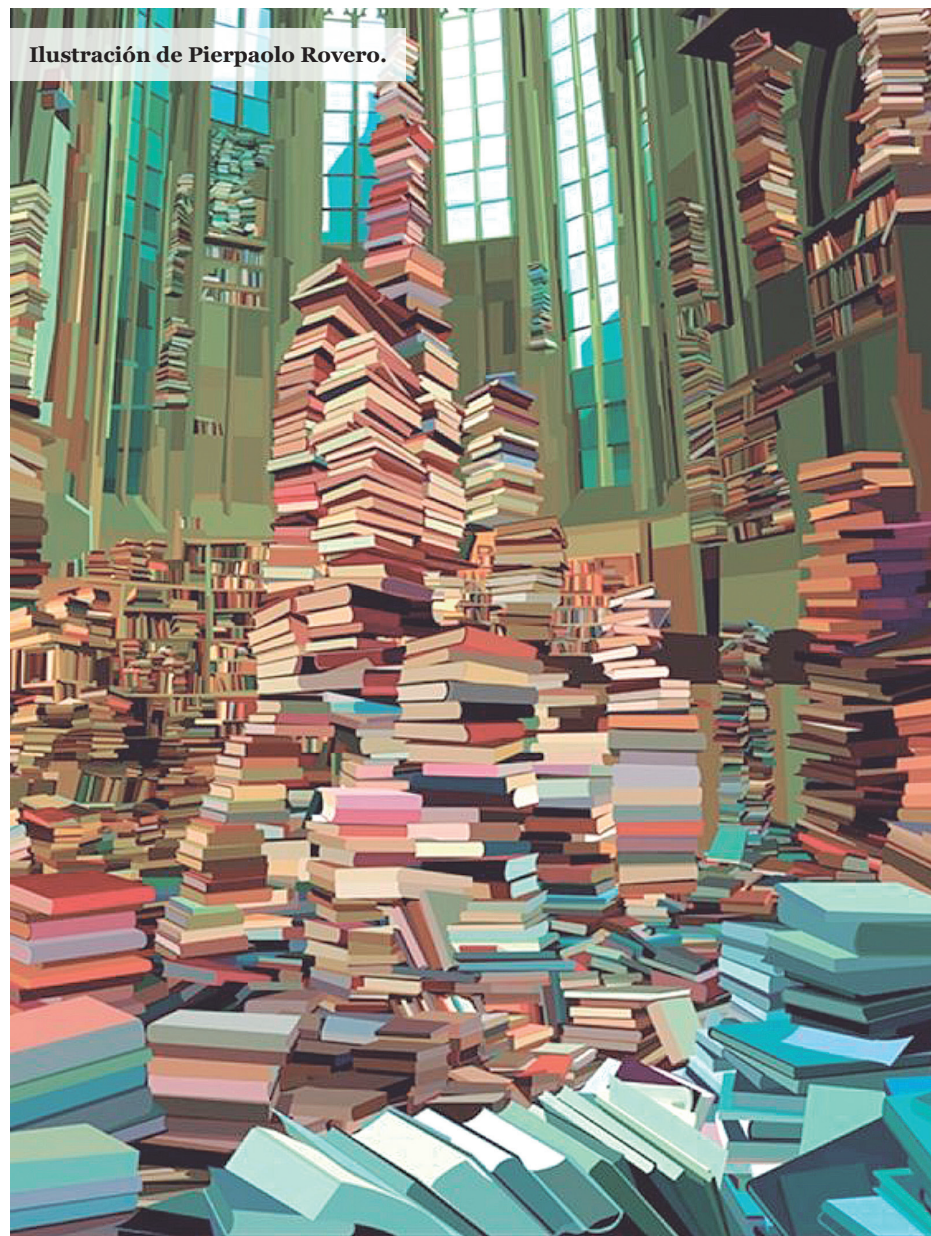
El avanzar hacia un mundo más equitativo e incluyente, aspiración que hoy nos mueve a la inmensa mayoría, no significa que el arte deba dejar de lado el uso crítico del humor, la sátira, la ironía, el sarcasmo y demás recursos que permiten evidenciar justamente lo perjudicial de los extremismos. Aspecto que muchas veces o no se entiende o que, circunscritos en la hipócrita cultura del *quedabientismo*, no se quiere entender, procediendo inmediatamente ya sea a la censura, la satanización, la crítica desbordada o a la negación al diálogo y el análisis.

Justo a Charles Baudelaire, el gran retador de los convencionalismos sociales, le tocó sufrir la censura de cinco poemas con referencias al lesbianismo y a las drogas en 1857, con la publicación de su magna obra *Las Flores del Mal*. Acusado de *ofensas a la moral pública y las buenas costumbres* por parte del gobierno de Luis Napoleón Bonaparte, mejor conocido como Napoleón III, Baudelaire respondería con su mordacidad acostumbrada:

Todos los imbéciles de la burguesía que pronuncian la palabra inmoralidad... me recuerdan a una puta de cinco francos que me acompañó al Louvre y que se escandalizaba ante aquellos desnudos que le parecían una indecencia.

Con una multa de 300 francos, aquellos poemas (*Las joyas, Las flores del mal, El Leteo, Los despojos y Lesbos*) no volverían a ser publicados hasta 1861, reedición que además vendría acompañada con 35 textos inéditos del inspirador de una nueva corriente poética denominada simbolismo.

Ilustración de Pierpaolo Rovero.



Mirando al pasado encontramos abundantes ejemplos en los que cuantiosos acervos fueron víctimas del fuego y la mutilación por la sencilla razón de contravenir a las visiones en curso. Desde faraones egipcios mandando derruir nombres de las piedras, hasta el nazismo y sus aberrantes quemas públicas de libros; pasando por la destrucción de bibliotecas como la de Alejandría durante el año 640 por ordenanza del califa Omar, hasta la irreparable pérdida de miles de códices prehispánicos durante la conquista del Nuevo Mundo.



Acuarela de Marcos Beccari.

Pasiones

Azul Sevilla

Lame mi piel tropical,
 lengua de invierno.
 Pasa tus dedos
 por mi boca de verano.

La revuelta de las palomas

Ángel Gaona

Un día dijeron basta, se hartaron de lo que ellas consideraron una conducta insoportable. Sin considerar que desde siempre había sido esa la manera de relacionarse con los palomos, su cortejo ya no fue tal y comenzaron a percibirlo de otro modo, se unieron a discutir entre todas acerca de tan infame costumbre, y a partir de entonces la calificaron de vil acoso. Sí, en efecto, el hostigamiento incansable de los pajaracos hacia las indefensas hembras emplumadas fue proscrito, al menos en el palomar donde este suceso se llevó a cabo. Así, de repente, sin que se supiera a ciencia cierta, la verdadera causa de la súbita rebelión encabezada por las colúmbidas hembras contra los palomos machos. Al principio los alados sufrieron el desconcierto del inesperado alzamiento, se juntaron a discutirlo con los más viejos, y éstos, no recordaron ningún antecedente de algo parecido en la historia de su parvada.

Muy pronto los pichones se abstuvieron de perseguirlas, reprimieron el instinto convirtiéndose en dóciles individuos, indiferentes a la presencia de las doncellas de

la bandada. Algunos encontraron un sucedáneo montándose el uno al otro; los restantes, prefirieron disimular sus ganas a padecer la retahíla de insultos y epítetos de las damas ofuscadas con la nueva ideología, de oponerse al rito ancestral de la ronda obsesiva de que eran objeto. La supremacía del semental reproductor quedó en desuso, los roles tradicionales se alteraron y por un tiempo todo fue distinto.

Al cabo, su taza reproductiva comenzó a disminuir considerablemente, su ciclo de reproducción fue interrumpido y en unos años desaparecerían de la faz de la tierra. Fue entonces que machos y hembras acordaron una tregua, negociaron nuevos modos de relacionarse con el único fin de perpetuar su especie. Recobraron los viejos rituales del galanteo, logrando que los sementales moderaran la persistencia de su acosamiento. Lo que nunca quedó aclarado, fue la causa de esa oposición espontánea, hay quien asegura que todo empezó después de una marcha de mujeres, que pasó cerca del parque donde sucedió este extraño drama.

Embrionario

Magda Escareño

BONDADES:

I Bajan suben:

Delicadas manos toman la semilla de la que se desea descubrir su tallo, su frondoso aroma, las sutiles texturas de sus hojas o de sus flores, de sus frutos en reposo. Recostarla en su lecho primario para que la lluvia la hinche de vida. Después, verla crecer buscando el cielo...

Inmanencia

Lía Llamas

Palabra de mujer que contengo las estrellas en mis manos
 Porque es cierto que está sonriendo la ataraxia sorprendentemente
 Ya no importan tanto mis canas o el sonido que hago al regurgitar el aire
 Ese que entra y sale de mis pulmones llenos de humo de los Chesterfield
 Lavar los platos diariamente se ha vuelto la terapia más estoica
 Aunque también sucede que el basurero municipal a veces acampa en mis terrenos
 Estoy coleccionando canciones para vivir sobre la agitación rutinaria
 Dando vueltas nocturnas por calles empedradas y alejadas de conversaciones huecas
 Y esto parece más un diario pobre
 Que la proeza de un poema
 Entonces:
 Las flores fundidas son esas diamantinas que hacen tango ante mis ojos amplificadas
 Porque mientras escribo sobre el techo
 Y aparentemente pueda llover sobre el asfalto
 Las palabras saben a dónde voy
 Me distraje en un espejismo
 Y ahora me siento avergonzada
 Porque continuamente deshoje margaritas
 Cuando la premisa era verlas reverdecer en el campo
 Y es verdad el dolor nos jode a todos
 Usando un poco de muerte húmeda
 Es la fachada de vernos como nadie lo hace
 Entre las flores y mi alma
 Y el umbral de mi descanso
 Arden todos los miedos existentes
 Todo es un círculo
 Porque sólo es perenne este momento
 Y va a llover, sobre las rosas, sobre mí.
 Corro con la desesperación de un polluelo
 A los brazos de su cobijo
 Paso por la sala, mesa y fregadero,
 Abro el refrigerador y me bebo la última cerveza
 Aclamando entre hipo a la diosa atenea
 Bifurcando en las pléyades lo que soy...

Tres meses de vida

Leopoldo Barragán Maldonado

El mundo es un escenario en que las cosas, los fenómenos, y todo cuanto en él acaece, se presenta como interrogante ante la conciencia espectadora, desde la caída de una hoja, o el vuelo de las golondrinas, hasta la muerte de los seres queridos, todo es un misterio que requiere ser develado. Al igual que una función de teatro, la vida recorre el telón de la realidad mostrándonos melodramas, tragedias y comedias. A cada género corresponden determinadas incógnitas, según las inquietudes vitales o gustos de los espectadores; sin embargo, desde los alcances del telémetro fenomenológico es factible visualizar dos campos de preguntas existenciales referentes a la vida y a la muerte. El primer grupo queda integrado por la multiplicidad de sus interrogantes, por eso lo digo en plural: ‘preguntas intrascendentes’, en donde el sujeto, al experimentar el flujo continuo del devenir, es arrasado por el torrente de los verbos pasionales y emocionales, haciendo de las cosas su complemento directo. El segundo grupo se caracteriza por la unidad y el reposo, por lo tanto, lo menciono en singular: ‘pregunta trascendente’. La pregunta trascendente representa mayor jerarquía ética y ontológica que sus opuestas, sin descartar la posibilidad que lo intrascendente abra el camino hacia lo trascendente, como lo hace el fluir respecto al reposo.

¿Qué debemos entender por esto que llamo ‘pregunta trascendente’? Entre marzo y junio pasados, lamentablemente murieron tres buenos amigos, dos de ellos condiscípulos preparatorianos de la generación 67-69, con Rigo Granados y Lalo Carrillo generé empatía por el hecho de no tomar en serio el estudio y ver el bachillerato sólo como un lugar propicio para echar relajo; mi otro amigo, Jorge López, fue un correligionario ideológico, siempre polémico y adepto al río Colima. En el ocaso de nuestras vidas los procuré para disfrutar de su amistad. Sus decesos provocaron replantearme algunas cuestiones en torno a la muerte, sobre todo, pensar en el instante capital de la expiración y el modo de fallecer. Imaginemos que padecemos alguna enfermedad grave, que los médicos especialistas –suponiendo que saben y son certeros en su pronóstico–, nos dicen: “te quedan tres meses de vida”, espeluznante predicción que sin lugar a dudas nos sacudiría de pies a cabeza, cual sorpresivo sismo de 7.5 grados. ¿Qué haríamos después de escuchar que sólo tenemos aproximadamente 2,160 horas de vida? ¿Qué hacer, cómo emplear el tiempo y con quién pasar los últimos días de nuestra existencia? ¿Acaso intentaríamos realizar todo aquello que no logramos hacer en el curso de los años? ¿Viajaríamos a lugares nunca antes visitados? ¿Disfrutaríamos todo tipo de comidas y bebidas? ¿Visitaríamos a los familiares y amigos? ¿Pediríamos perdón a quienes ofendimos? ¿Gastaríamos todo el dinero en diversiones? ¿Nos encomendaríamos a Dios? ¿O tomaríamos la decisión de dar la batalla con todos los medios a esa enfermedad y lograr ganar unos días, o quizá meses de vida?

Preguntarse por el final de nuestros días es un acto de entereza a través del cual ingresamos a los dominios del mundo real, nada hay más real que la muerte, porque la muerte es el reino del no-ser, el imperio del vacío, el señorío del silencio. Esta es, a juicio personal, la pregunta trascendente, qué hacer con la inmediata posibilidad de la muerte.

Wittgenstein, en su *Diario filosófico*, escribió: “El mundo y la vida son uno. La vida fisiológica no es, naturalmente ‘la vida’. Y tampoco lo

es la psicológica. La vida es el mundo”. Pero hay dos mundos: el mundo real es la muerte, el mundo ilusorio es la vida; por lo tanto, la pregunta trascendente es aquella en que la persona, ante sí misma, pone en jaque su propia existencia, presentándose sin tapujos al espectro de la muerte, retándola cada día, cada hora en que su existencia se aniquila inexorablemente. La existencia es una sierva del no-ser, se alimenta, vive y trabaja para ella, queremos ser porque sentimos los tirones del no ser, deseamos tener porque experimentamos el vacío del ser. En cada volición, reflexiva o irreflexiva, el no ser está presente, justo en la medida de aquello mismo que apetecemos. Quieres, decides, eliges, simplemente porque no eres. Nuestra existencia es más no ser, que ser. El no ser habla, mira, escucha, siente, y hasta reclama, sólo exigimos lo que no somos, lo demás es pura fantasía. El lenguaje del no ser se articula con tu carencia de ser. Recordemos que Platón habló de un ‘ser del no-ser’, en tanto alteridad, es decir, lo que nos hace, junto con las

cosas, ser diferentes a los otros y a lo demás; lo que ‘yo no soy’ me hace diferente de lo que ‘tú no eres’, el no ser es positividad.

Al morir, la contingencia del existir y la fragilidad de la vida se permutan eternamente por la consistencia del no-ser. En la muerte ‘somos en el no ser’, y a la vez ‘estamos en el ser’ de lo que ya no somos. Con razón Marco Aurelio, el filósofo emperador, anotó en sus *Soliloquios* “Alejandro el de Macedonia y su mozo de mulas, habiendo muerto, vinieron a parar a una misma cosa; porque, o bien fueron reasumidos en las razones seminales del universo, o fueron igualmente dispersos y reducidos a sus átomos”. En la existencia no somos el ser, ni mucho menos estamos en el ser. La eternidad es muerte, no vida.

El ‘estar vivo’ es un requerimiento indispensable para ingresar al flujo de lo que no somos, sólo basta reconocer los constantes cambios de nuestros estados emocionales, las inconsistencias de la voluntad, las enfermedades, observar el deterioro físico, la disminución de capacidades, el debilitamiento de la fuerza, el menoscabo de habilidades, la pérdida de las facultades y el deterioro de la memoria, para llegar a la conclusión que ‘nuestro yo’, es pura ficción, y nuestro entorno, mera ilusión. En contraparte, el ‘estar muerto’ es la única condición para retornar a la plenitud del ser.

En la pregunta trascendente también nos cuestionamos cuál será la mejor forma de morir, para unos lo ideal es evitar el sufrimiento personal y familiar; para muchos lo óptimo sería morir estando dormidos; otros, como Camus, dirían que morir atropellado por un auto sería una idiotez, en este sentido Roland Barthes cometió la idiotez de morir atropellado por una camioneta repartidora. Avicena falleció por sobredosis de opio intentando aumentar su potencialidad sexual; Empédocles murió arrojándose al cráter del volcán Etna; Zenón se estranguló; Diderot se atragantó con un chabacano. Muertes absurdas. Montesquieu, fue más romántico, murió en los brazos de su amante. Si más temprano que tarde escucho del facultativo: “te quedan tres meses de vida”, y por lo tanto, me corresponde formularme la pregunta trascendente, espero no morir como aquellos doctos, sino como lo sugiere el maestro de maestros: “que se me acabe la vida frente a una copa de vino” y cantando “pero yo ya te quise y no te olvidé, y morir en tus brazos es mi ilusión”.

Si más temprano que tarde escucho del facultativo: “te quedan tres meses de vida”, y por lo tanto, me corresponde formularme la pregunta trascendente, espero no morir como aquellos doctos, sino como lo sugiere el maestro de maestros: “que se me acabe la vida frente a una copa de vino.”

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Las difíciles y lindas virtudes

Carlos Caco Ceballos Silva

INVIERNO 1994.- En septiembre del año pasado escribí algo sobre los siete pecados capitales y al despedirme me permito ofrecerles que en fecha posterior escribiría sobre el antídoto de esos 7 males, y ahora lo estoy haciendo con la misma humildad de siempre, pues aunque escribí de los “pecados”, considero una temeridad que uno del “montón” sin más enseñanzas y estudios que sus largos y rumbosos años hable del contraveneno de los perniciosos caminos de que no portarnos bien nos llevarán a pasar las tristes veladas en compañía del nada simpático Satanás.

Las virtudes, por ser femeninas, son dulces, amables y acérrimas opositoras de los pecados. Recuerdo que mi nana, cuando yo era niño me platicaba sobre las lindas virtudes, aconsejándome que siempre las practicara para evitar las tentaciones y los perjuicios para mis amiguitos. De niños todo nos parece fácil, pero conforme vamos creciendo inconscientemente nos vamos alejando de ellas y acogiéndonos con cierta preferencia al que se refiere al sexo hermoso, el cual considero, bajo mi punto de vista, el más difícil de alejarlo de nuestras vidas.

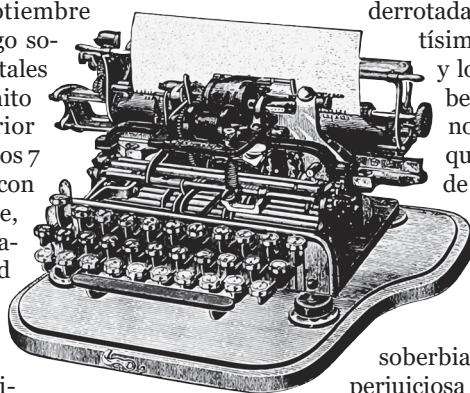
A continuación, y bajo mi poco saber y entender las describiré, esperando que mi reseña sea más o menos explicada sobre ellas (las virtudes) y ellos (los pecados).

La templanza es el antídoto de la gula. Ella nos sugiere la moderación en la buena mesa, no abusar de las exquisiteces, ni de los alimentos bien condimentados, ni exóticos. Afortunadamente para ella tiene a su favor que nuestras panzas ya no funcionan bien y además los precios por lo general están como las nubes y esto hace que las mayorías no necesiten mucho de esa virtud.

La diligencia, el contraveneno de la pereza, tampoco es muy útil para las mayorías, pues los trabajos, quehaceres, ocupaciones y entenderes que tienen, no les queda tiempo para flojear que es la forma más práctica de ejercer el pecado, por lo consiguiente la diligencia la pueden necesitar las personas que son ricas o las que padecen de insomnio.

La paciencia viene siendo el antitóxico de la ira. Esta potestad bien que todos la necesitamos, pues lo corajudo todos lo tenemos, desde luego hay unos más rabiosos, y unos que pronto se les pasa el coraje, y otros que viven y duermen con los rencores a un lado de la almohada, así es que esta virtud siempre y por todos lados y a todas horas la necesitamos para bien de nosotros mismos.

La largueza, la opositora de la chocante, mala y perjudiciosa avaricia. Según mi leal saber y entender, es de la que más trabajo tiene y la que casi siempre sale



derrotada, pues no hay duda que los amantísimos del dinero somos casi todos y lo adornamos como el legendario becerro de oro, así es que mientras no valoremos la gran importancia que tiene para todos la tranquilidad de nuestras conciencias, esta virtud seguirá luchando a brazo partido hasta hacernos comprender que es mil veces mejor dar que recibir.

La humildad, antítesis de la soberbia que para mí es tan chocante y perjudiciosa como su hermanastra la avaricia; es de las virtudes más difíciles de atender. Todos nacimos creyendo que venimos etiquetados como superiores, y no somos más que unos engreídos que tenemos que recibir golpizas a lo largo de nuestras vidas para entender que todos somos iguales, teniendo los mismos brazos, piernas, ojos, cabezas y corazones.

Esta virtud tiene la gran habilidad de que tarde o temprano, con gentileza y sonriente, o con rudeza y disgustada nos pone a cada uno en su lugar. Ahora, si no tuvo tiempo, en el camposanto con rasero y por parejo todos juntos estaremos hermanablemente unidos hasta el día del juicio final.

Castidad siempre está en contra del más simpático de los pecados, según yo. La lujuria es una falta que se deriva del amor a nuestros semejantes, pero desde luego del sexo opuesto. Esta virtud es de gran calidad y categoría, pues las personas allegadas a ella y obedientes a sus dictados son como “granitos de oro” que muy poco se encuentran en el planeta tierra.

La caridad, antídoto de la envidia. Esta femenina virtud estimo que es de las más lindas y simpáticas, pues al sacar de un apuro a un semejante se goza por el sólo hecho de ayudar. Nosotros, todos de por sí, somos envidiosos y todo lo queremos para nosotros, todo lo deseamos, sin pensar en compartirlos y es cuando esta virtud nos sale al paso y nos hace comprender que antes que tomar o de tratar de tenerlo todo debemos tener caridad hacia nuestros semejantes, y esto es básico para que la envidia salga poco a poco de nuestros sentimientos. La caridad, hermana de la largueza, se complementan para darnos a los humanos la oportunidad de sentirnos útiles y satisfechos en practicar esta hermosa y linda potestad, que de seguro nos sentiremos orgullosos al quedar bien con ella.

Y ya para decirles adiós, les recomendaría que nos hiciéramos más amigos y fuéramos más allegados a las femeninas virtudes, dejando de lado a los sangrones y malosos pecados que siempre nos juegan malas pasadas y nunca, pero nunca nos darán la oportunidad de sentirnos buenos y tranquilos con nuestras conciencias.

* Empresario, historiador y narrador. +

Un mundo de cine

Aprender a saborear las películas

Alejandra Musi

Estar tan conectados de inmediato nos ha dado muchas posibilidades pero también nos ha hecho perezosos y se ha llevado por delante los momentos de reflexión que nos hacían posible disfrutar del arte en profundidad.

En el cine, por ejemplo, pareciera que es obligatorio dar un veredicto de las películas nada más terminar de verlas. Eso a veces no es posible, porque hay filmes que necesitan una lenta digestión, un tiempo de procesar lo visto, de saber si ese golpe al estómago que el director te hizo sentir estaba justificado, si el malestar que te provocó después te trajo una catarsis maravillosa y si ese tema que tu mente se quedó rumiando varias noches al final te hizo clic.

Me ha pasado con cintas como *Parasite* o *El hoyo* —por mencionar algunas— que la gente nada más verlas me “what-sapea” diciéndome que no la entendió y que si le puedo explicar por qué es tan buena.

Lo cierto es que todo este tipo de películas no funciona así y si lo que la gente espera es un recetario de cómo saborearla se está perdiendo de lo mejor: del proceso de digerirla.

La primera vez que vi *Parasite* fue en Cannes, cuando nadie sabía nada de ella y se presentaba al mundo virgen de etiquetas. Recuerdo las risas al principio, el desconcierto al final. Salí mareada de la proyección, con la cabeza dinamitada.

Los periodistas tardamos días en procesarla, no parábamos de hablar de ella, de encontrarle capas y capas de profundidad, de inventarle sentidos que quizás el director ni se imaginó (porque también eso es el cine, lo que cada uno le pone a las historias según su propia experiencia) y después de ver muchas otras cintas *Parasite* seguía en nuestro sistema y ahí es cuando tienes la certeza de que algo grande se cocinó y de que, con suerte, el resto del mundo también podrá verlo en las salas y tener la misma experiencia.

Lo mismo ocurrió con *Joker*, que durante meses se encasilló en una polémica que lo único que demostraba era otra mala digestión del filme. Porque lo que ocurre con este tipo de cintas es un proceso, un dejar que las historias nos toquen, nos cambien.

No podemos esperar salir del cine con la misma sensación que nos deja una comedia romántica o el último filme de *Los hombres de negro*, cuya función de entretener también es muy válida, pero que no son comparables.

Parece un sacrilegio decir que a veces hay que esperar, porque en la era del tuit todo exige resumir en 140 caracteres las experiencias. Y resulta que la vida es más compleja y que los filmes que se esmeran en explorarla a profundidad tienen poca justicia en los resúmenes y en el veredicto fácil e inmediato.

Por ello es que cuando alguien me pide que le explique un filme con esa ansiedad de quererlo entender todo en un segundo yo le regalo el silencio. Para que indague un poco en la incomodidad que le provoca el no saber.

Para que, con suerte, se quede rumiando unos días lo que vio y empiece a disfrutar el placer que provoca el ir encontrando esos hilos que van desatando los encuentros. Y entonces, sí, ya puedes tuitear.